

Pregón de las Fiestas en honor al Santo Cristo de Telde

11 de septiembre de 2017

1. Mi encuentro más curioso con Telde a través del estudio de la historia

Confieso que mi encuentro más reposado y contemplativo con Telde tuvo lugar, sin duda, los días en los que me puse a curiosear en el “Diario de la visita pastoral” de un obispo de Canarias de finales del siglo XVIII. En este diario de la visita pastoral del obispo Antonio Tavira y Almazán por las parroquias de la Diócesis, que en aquellos momentos comprendía la totalidad de nuestro Archipiélago, uno de los lugares donde el obispo se detuvo por más tiempo fue, precisamente, Telde. Reconozco delante de todos ustedes, no sin vergüenza, que nunca he tenido una relación especial con esta noble ciudad, más allá de las frecuentes visitas que solemos hacer recorriendo los distintos municipios de nuestra Isla. Sin embargo, he de confesar que mientras estuve estudiando la visita pastoral de este obispo, me detuve mucho tiempo con mi imaginación en aquel Telde de finales del XVIII, imaginándome a sus gentes, sus infraestructuras, sus iglesias y ermitas y su convento de San Francisco,... Más de una vez me quedé embelesado, situándome con la imaginación en aquellos años tan decisivos para nuestra historia de Canarias donde el catolicismo acogió muchos elementos del fenómeno de la Ilustración.

El obispo Antonio Tavira fue un hombre muy importante en la España del XVIII. Había estudiado en la prestigiosa universidad de Salamanca; era experto en lenguas clásicas y orientales; predicador en la corte de Carlos III; educador de su hijo, Carlos IV; amigo de los personajes más representativos de la corte y de muchos ilustrados, como el gran Jovellanos. Llegó a Canarias, recién consagrado obispo, en noviembre 1791, y se dedicó a recorrer toda la Diócesis, que en aquel tiempo comprendía el conjunto de las siete islas de nuestro Archipiélago, pueblo por pueblo, sin dejar de visitar ni uno solo de ellos a lo largo de las siete islas, a excepción solo de Tirajana, a donde no pudo acceder, según reconoce el escribano, por lo abrupto de sus caminos.

Partió desde las Palmas de Gran Canaria para Telde el 23 de febrero de 1793. Abrió la visita en esta ciudad y siguió su recorrido por los distintos pueblos del sureste y sur de Gran Canaria, regresando nuevamente a la Ciudad de los Faycanes el 11 de marzo de dicho año.

Su periplo por Telde consistió en la visita y predicación durante varios días en la iglesia parroquial de San Juan Bautista y el reconocimiento de varias ermitas de esta jurisdicción. Sabemos que estuvo en Valsequillo y muy probablemente visitó el convento de San Francisco. El escribano se encarga de decir que en todos aquellos días el obispo predicó sobre diversos puntos de la doctrina cristiana. En sus intervenciones de tipo pastoral intentó cuidar mucho la pureza de la fe del pueblo cristiano. En efecto, el cuidado la religiosidad popular punto central de su preocupación. Pidió a los sacerdotes del lugar que cuidaran mucho de extirpar la superstición y todo lo relacionado con ello. Estableció la Hermandad Sacramental de la Caridad Cristiana, encargada en la parroquia del culto y del cuidado de los más pobres. Asimismo, expresó su deseo de que se cuidara mucho el orden y decoro en las procesiones. Todo lo cual se puede entender en el contexto de la religiosidad de los españoles ilustrados de finales del siglo XVIII.

En su visita no hay ninguna referencia a la Cristo del Altar Mayor, nuestro Cristo de Telde. Sabemos que algunos años antes se había construido un nuevo retablo, por lo que se había comenzado a celebrar la ceremonia del descendimiento o “bajada” del Cristo. Nos constan al menos dos: la de 1770 y 1790. Pero el obispo Tavira no alude en absoluto a ello. Por el contrario sí encuentra su desaprobación una ceremonia del descendimiento que se realizaba en el convento de los franciscanos considerándola como una “práctica teatral nada digna del decoro y la gravedad de nuestra Santa Religión”. Los católicos ilustrados querían cuidar mucho las manifestaciones externas de la fe, buscando la profundidad del espíritu en la sobriedad religiosa. En su lugar ordena realizar un sermón sobre la Pasión del Señor que animara más la piedad de los fieles.

Sin embargo, como decimos, nada dice Tavira de esta imagen devota del Santo Cristo del Altar Mayor, tal vez porque en este caso no encontró ninguna exageración.

Sin embargo, para mí ha supuesto un gran honor convertirme en pregonero de estas fiestas tan entrañables de nuestro Santo Cristo del Altar Mayor, que sigue contando con el fervor más sincero de nuestro pueblo.

2. El sentido de las fiestas cristianas

Una vez que he podido conectar con la historia de esta querida ciudad de Telde creo que es imprescindible que anunciemos, aunque solo sea brevemente, el sentido de las fiestas cristianas. Como todos sabemos, el origen de todas nuestras fiestas es el Misterio Pascual de Cristo. En efecto, su resurrección inunda de alegría y de sentido toda nuestra vida. El misterio de la redención obrado por Cristo se actualiza en la Eucaristía que se

convierte, de este modo, nuestra gran fiesta. El Triduo Pascual, en el que la Iglesia celebra la Pasión, Muerte y Resurrección de Ntro. Sr. Jesucristo, se convierte en el centro de todo el año litúrgico, y la Vigila Pascual en la madre de todas las vigiliias.

Los misterios de la Navidad suponen también momentos fuertes de alegría, en los que toda la Iglesia canta la gloria del Dios hecho hombre y su manifestación a todos los pueblos.

Los primeros cristianos celebraban a Cristo, daban gracias al Padre por todas las gracias que nos ha dado a los hombres en Cristo muerto y resucitado. La *Didaché*, obra cristiana compuesta probablemente de finales del siglo I, y los escritos de la primera patrística, de los padres apostólicos, celebran, fundamentalmente en la Eucaristía (Acción de Gracias), todo lo que Dios nos ha dado en Cristo.

Pronto apareció la acción de gracias a Dios por los primeros testigos de la fe, mártires por Cristo y por la fe, a los que también se les pide su intercesión desde el Cielo. De esta forma, poco a poco se va tomando conciencia de la importancia que tiene para toda la comunidad el testimonio de estos grandes testigos de la fe y comienzan a recordarlos precisamente el día en que sufrieron el martirio, también llamado “dies natalis”. Así aparecen las fiestas cristianas, que tienen de fondo la celebración de toda la obra de la redención, que se despliega a través de diversos tiempos y celebraciones a lo largo del Año Litúrgico, en el que María tiene un puesto fundamental, celebrándola por su relación con Cristo; dando gracias a Dios por María la Madre de su Hijo y pidiendo su intercesión maternal. Y, a partir de ahí, en las fiestas cristianas tiene todo su sentido la acción de gracias por la vida de los santos, pidiendo que actúen cerca de Cristo como intercesores ante Él.

La fiesta que celebramos cada septiembre en esta basílica de San Juan Bautista de Telde, tiene por tanto todo su sentido. Es una fiesta que da, como si dijéramos, en el centro de la diana. En esta fiesta celebramos la entrega absoluta del Hijo de Dios por nuestra salvación. Esto llena de alegría y de esperanza el corazón de los hombres y llena de sentido toda nuestra vida.

3. Semblanza histórica del Santo Cristo de Telde

Me ha llamado muchísimo la atención la historia que se conserva en la tradición oral y escrita a propósito de la llegada de esta queridísima imagen del Santo Cristo del Altar Mayor de esta basílica de San Juan Bautista de Telde. Su procedencia de tierras mejicanas evoca tantas cosas en estos tiempos en que en el Occidente Europeo hablamos de Nueva Evangelización. Es realmente una historia preciosa. Una imagen hermosísima y realizada en

tierras americanas en el siglo XVI, tal vez por los indios “tarascos”, que habían sido ellos mismos evangelizados por españoles. Su tamaño es la estatura normal de un hombre, 1,85 metros, pero con tan sólo siete kilos de peso. Representa al Redentor ya muerto y pendiente de la Cruz con una expresión llena de profunda paz en su rostro.

Una imagen que llega hasta aquí entre 1550 y 1555, después de que un barco sufra un naufragio y algunos de los hombres que iban en la nave se mantengan a flote agarrados a la imagen de Cristo. Parece ser que un feligrés de Telde los encontró y que avisó al párroco de aquel momento para que se acercara a ver aquella preciosa talla. Y aquel sacerdote tuvo la feliz idea de colocar junto al altar mayor aquella devota imagen del Salvador que había sostenido la vida de aquellos hombres a la deriva en medio de mar.

Primeramente, me parece emocionante la idea de que después de la Evangelización de América las comunidades cristianas fueran las que realizaran tallas tan hermosas destinadas a venir a Europa para que fueran veneradas en sus comunidades. La Evangelización produce evangelizadores que, incluso a través del arte también, anuncian la Buena Noticia Jesucristo, el Hijo de Dios.

Todo esto nos resulta muy sugerente como icono de la situación actual y de los retos que se nos presentan. Hoy nosotros asistimos a un fenómeno parecido. Europa vive momentos en los que se necesita que la alegría del Evangelio vuelva a ser anunciada en medio de sus ciudades y pueblos, y especialmente al corazón de la familia. Queremos seguir anunciando el Evangelio y que los que reciban esta Buena Noticia, ellos mismos se conviertan en testigos del Amor de Dios. Cuántas personas que descubren ya en su vida de juvenil o adulta a Jesucristo se convierten ellos mismos en evangelizadores a través de su testimonio.

Por otro lado, la referencia al naufragio y a unos hombres que llegan hasta tierra firme agarrados a la imagen de Cristo. ¡Cuánto nos evoca todo esto en un momento de la historia que muchos ya definen como de “cambio epocal”! Si esto es así podemos comprender que estemos en un tiempo especialmente turbulento y lleno de incertidumbres, en el que, en efecto, muchos se mueven sin orientación clara que les lleva a vivir en una gran inseguridad o arrastrados por caminos que deshumanizan y empobrecen al hombre.

Vivimos en una realidad de “aldea global”, como muchos la llaman, en la que muchas veces lo lejano nos resulta cercano y, sin embargo, paradójicamente, lo cercano no siempre es reclamo para el compromiso. En la misma sociedad convivimos personas con situaciones muy distintas, y

donde la situación de los más desfavorecidos sigue exigiendo de todos un compromiso más auténtico por la justicia y el bienestar de todos. Vivimos en sociedades donde muchos vivimos muy bien y muchos otros muy mal. Situaciones de pobreza y marginación se dan en las mismas sociedades donde en los escaparates se exhiben las más avanzadas tecnologías. Pero no solo esto, muchos entran y se pierden por los caminos de la “cultura de la muerte” y viven atrapados por vicios de diverso tipo que no les dejan ser felices ni progresar como personas.

El hombre de este momento ha sido llamado, curiosamente, el hombre líquido, el hombre sin consistencia. Quizás con muchos anhelos en su corazón, pero, tantas veces, no puede llegar a realizar un proyecto estable. No se trata de poner el foco en la parte más dramática, sino de contar también con estos elementos si queremos crecer y buscar caminos de plenitud.

En cualquier caso Cristo se presenta como salvación para el hombre y la mujer de todos los tiempos. Él es la plenitud en la que todos alcanzamos la plenitud. Él siempre nos invita a descansar en Él, a poner en Él todos nuestros anhelos, todas nuestras esperanzas, todos nuestros miedos, todas nuestras inquietudes. Él siempre nos alienta a trabajar por la justicia y la paz. Siempre podemos cogernos de su mano. Siempre podremos agarrarnos a Él. Siempre nos va a llevar a buen puerto. En pleno siglo XXI encontramos múltiples y variados testimonios de personas que han encontrado en Él el descanso, la fuerza, la alegría, la salvación. Los cristianos hemos de ser testigos de la fuerza que tiene la fe en Jesucristo, del amor de Dios que nos llama a amar profundamente a nuestros hermanos los hombres.

Lo que Cristo ofrece no es un simple alivio pasajero, ni un entretenimiento eventual o circunstancial. Cristo ofrece respuesta a todos nuestros interrogantes, dota de sentido todas nuestras inquietudes, nos ofrece un estilo de vida auténtico, que nos llevará a la donación al otro, al prójimo, a quien me encuentre en el camino, a los de cerca y a los de lejos. Y donde hay donación, donde hay entrega sincera, siempre está Dios.

Aquel párroco de mitad del siglo XVI, tuvo la feliz idea de colocar esta hermosa talla de Cristo redentor en el retablo del altar mayor de esta iglesia, ahora basílica. De esta forma lo colocaba en el centro de todas las miradas de cuantos entran por la puerta. Desde aquel momento, esta imagen de brazos abiertos, se nos presenta como aquel que ha dado la vida completamente, del todo; y nos invita a todos a la entrega y a la donación.

4. Significado de las fiestas en honor al Santo Cristo

Esto es lo que quiere decirnos el Señor a través de esta hermosa imagen suya. Él siempre tiene los brazos abiertos, siempre encuentra hueco en su corazón traspasado, para cada uno de nosotros. Él es el que lo ha dado todo, el que ha entregado toda su vida para llenarnos de vida. Su cabeza reposada sobre su pecho nos habla de una entrega generosa, voluntaria, amable. Su rostro sereno nos mueve a agarrarnos fuertemente a Él, como aquellos náufragos.

La imagen del Santo Cristo de Telde nos llama a todos a cantar las grandezas de Dios, que ha entregado a su Primogénito por todos nosotros; que ha conseguido la salvación para todo el género humano; que ha ofrecido a su Hijo como rescate por nuestros pecados. La imagen del Santo Cristo de Telde nos llama a todos a exaltar la Santa Cruz donde tuvo lugar la salvación del mundo; a alegrarnos profundamente porque Dios busca al hombre para entregarle su felicidad, la felicidad a la que lleva su gracia.

“Portones, alzad los dinteles,
Que se alcen las antiguas compuertas.
Va a entrar el rey de la Gloria.” (Salmo 23)

Es Cristo mismo el que quiere entrar en nuestros hogares, en nuestras relaciones, en nuestros corazones, a través de estas fiestas. Él quiere darnos la vida eterna.

Hoy nos unimos a todos los teldenses que celebran una fiesta tan importante y de tanta devoción. Nos unimos a todos los que se acercarán hasta esta basílica para honrar al Santo Cristo. Nos unimos especialmente a todos aquellos que vienen y vendrán buscando consuelo y ayuda en Jesús ante las dificultades. Nos unimos, en fin, a todos los devotos de esta querida imagen: a los que vendrán y a los que no puedan venir por razones de salud u otras dificultades.

No quisiera terminar esta intervención sin hacer mi propia petición al Santo Cristo. Pido al Señor que mueva nuestros corazones para la paz, para crear una cultura de la vida. Pido al Señor que mueva nuestros corazones a la caridad para con los más empobrecidos. Que el Señor conceda a nuestro mundo la solidaridad entre los pueblos. Pido al Señor por nuestra Iglesia, que nos conceda a sus miembros ser fieles al Evangelio. Pido al Señor que envíe su Santo Espíritu para que la Buena Noticia sea anunciada a todos los hombres y mujeres del mundo. Pido al Señor que nuestra Iglesia se realmente comunidad de hermanos; que en nuestras parroquias se fomenten espacios, grupos y carismas donde se pueda compartir y crecer en la fe. Pido al Señor

que en el mundo y en la Iglesia sea anunciada la excelencia de la vocación cristiana, que sepamos acompañar especialmente a los jóvenes, que seamos cercanos a ellos, que podamos acompañarles en estos años decisivos de la vida, que sepamos alentar la vocación laical, la vocación religiosa, la vocación sacerdotal. Y pido también al Santo Cristo que escuche esta tarde las peticiones y necesidades de todos nosotros y que nuestro corazón esté siempre atento a las necesidades de nuestros hermanos.

Alabado sea siempre Jesucristo.